

# *El profesor Antonio Domínguez Ortiz, Doctor Honoris Causa*

José CEPEDA ADÁN

A propuesta del Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Geografía e Historia, la Universidad Complutense concedió el grado de Doctor Honoris Causa al profesor don Antonio Domínguez Ortiz, cuya investidura tuvo lugar en el acto solemne celebrado en el Paraninfo de esta Universidad el día 28 de enero. En dicho acto el padrino del nuevo doctor, profesor José Cepeda Adán, pronunció las siguientes palabras:

«En pocas ocasiones habré sentido una satisfacción más profunda y una alegría mayor que en la presente al ocupar la tribuna universitaria porque vengo a reparar, en parte, una injusticia de la Universidad para con un hombre que vivió muy cerca de ella, amándola y respetándola siempre, pero sin penetrar plenamente en su seno, y que, a cambio de su desvío, él, generosamente, le entregó, con su obra escrita, lo mejor de su vida. Esta es la escueta verdad, un poco triste como todas las verdades reconocidas tardíamente. Antonio Domínguez Ortiz, para quien hoy pedimos el *Doctorado Honoris Causa*, debería estar sentado entre los catedráticos de una Facultad de Filosofía y Letras desde hace muchos años. Por ello, en este día, la Universidad Complutense, por boca de uno de sus más modestos titulares, pero con el eco, la aquiescencia y el entusiasmo de todos sus claustrales, quiere reparar en parte este olvido, este increíble olvido, de no haber tenido entre sus maestros al profesor Domínguez Ortiz.

Porque la Universidad puede equivocarse; la Administración puede hacerle caer en la trampa del burocratismo, pero la Universidad no puede olvidar y está siempre dispuesta a reparar sus equivocaciones, aunque desdichadamente, muchas veces, demasiado tarde. La Universidad no podía olvidar que muy cerca de ella, durante muchos años,

vivió, enseñó y escribió uno de los mejores historiadores de nuestra época. Enseñó, sí, en Institutos de Enseñanza Media y esporádicamente en alguna Facultad, y lo hizo siempre ejemplarmente, con entrega total a su tarea, como modelo de ese cuerpo abnegado, laborioso y digno que forman los catedráticos de Instituto.

Enseñó y escribió, pues lo más admirable de Domínguez Ortiz es que supo compaginar su cotidiana tarea docente, monótona, repetida, entre el bullicio de los adolescentes estudiantes de bachillerato, con una labor tenaz, continua, ilusionada de investigador. Es admirable la estampa granadina de un pequeño coche, en el que apenas cabía la generosa humanidad de Antonio Domínguez, partiendo de la puerta del Instituto al acabar una clase camino de cualquier archivo español. Del aula al archivo: he aquí la ejecutoria de nuestro doctor. Y todo ello con la mayor sencillez, como algo natural, como si ambas cosas, enseñar e investigar, entraran ineludiblemente en el capítulo de las obligaciones de un profesor. Jamás una queja, un gesto de mal humor, de soberbia intelectual hacia su papel de educador de muchachos, él, que podía llamarse maestro de maestros.

Así, yo quisiera resaltar en este acto, por encima de su extraordinaria categoría de historiador, a la que nos referiremos luego, por sobre todo, digo, el valor humano de Domínguez Ortiz, su espléndido talante al andar por la vida. Según aumentaban los miles de páginas de sus publicaciones, Antonio se iba haciendo más humilde, más modesto, como si se dijera, al igual que su paisano Séneca, que al conocer más a los hombres desde las profundidades de la historia, mejor sabía entenderlos y cubrirlos con su profunda humanidad. No cayó nunca en las formas del pecado intelectual de quien ha escrito mucho: ni en la soberbia, cuando es grandiosa; ni en la pedantería, cuando es pueril y ramplona. Va por la vida enseñando y escribiendo sin levantar la voz, como pidiendo disculpas, comprendiendo y escuchando a todos. ¡Qué maravillosa lección en este mundo de ensoberbecidos y suficientes! Pero la verdad, que algunas veces se abre camino, ha hecho que este hombre «probo y modesto profesor de Instituto», jubilado ya, adquiera fama internacional y precisamente en un campo, en los estudios humanísticos, en los que España lleva muchos siglos cosechando fama por sus investigadores. El, que no buscó más que el placer de enseñar historia, ha creado en su camino un halo de admiración y respeto como premio a un hombre bueno y sabio. El prestigio de Domínguez Ortiz ha sido un continuo caminar calladamente siempre, desde las aulas de un instituto a los congresos internacionales, a las salas de conferencias, cursos de invitado especial, academias, la de la Historia le tiene entre sus miembros, y escaparates de librerías internacionales donde pueden verse traducidas sus obras. Es el triunfo de la

verdad científica y el trabajo: llegar desde el aula de provincias a la tribuna del mundo.

¿Y cuál ha sido el secreto de ese triunfo? La conjunción de una extraordinaria capacidad de trabajo con una irrenunciable vocación y un talento nato de historiador. Domínguez Ortiz, nacido en Sevilla en 1909 en el seno de una familia modesta, se topa un día con los libros de historia de la Biblioteca Universitaria de su ciudad y, como un sésamo mágico, descubre su destino: el estudio del pasado, al que se entrega sin reservas, con entera dedicación y, a la manera de un traperero del tiempo, aprovechando trozos de días entre su ocupación docente, estudia, investiga y escribe sin descanso con un ritmo sostenido y una línea de superación constante. Otro ejemplo a imitar: su capacidad de creación, su facilidad para aprovechar los ratos perdidos, esos ratos olvidados entre plato y plato cuando la comida está en la mesa y que le sirven a Antonio para teclear en su vieja máquina cercana la página de un nuevo artículo o libro. Domínguez Ortiz ha venido así a destruir con su obra ingente uno de los muchos tópicos que existen sobre los andaluces, el de la flojera y el desmayo contemplativo. El andaluz trabaja con ahínco y entusiasmo cuando se enamora de su obra, pues entonces pone la cabeza y el corazón.

Al llegar aquí se impone un inciso para evitar la caricatura que podría resultar de este retrato de nuestro hombre tomado literalmente de las palabras anteriores. Podría imaginársele como un ser extraño, huido, egoísta, distanciado y avaro de su tiempo, sin afectos y deshumanizado; precisamente la estampa totalmente inversa de la realidad, ya que Antonio es el hombre más familiar, íntimo, paciente y cariñoso que existe, siempre rodeado de los suyos —a la manera gitana, andaluz también en esto—, con exquisita atención para con sus hijos, muy especialmente para aquellos que más le necesitan, e igualmente para cuantos se acercan a solicitar su consejo. Algo más debe decirse para completar el retrato humano del historiador: le gustan las mismas cosas que a los hombres normales: la música, el cine, la televisión, los viajes; es decir, vivir, en el pleno sentido de la palabra, ya que solamente estando muy en la vida de hoy se puede entender la realidad del pasado.

Hemos dicho que la cualidad más destacable de Domínguez Ortiz es su amor al trabajo. Pero cuidado con esta afirmación. Nuestro doctor podría haberse quedado en eso, con ser ya mucho, en un infatigable investigador, compilador de piezas de archivo. Mas no es así. Por el contrario, fruto de esa armonía de vocación, inteligencia y labiosidad resultó un extraordinario y completísimo historiador que domina todas las técnicas del oficio; capaz, por una parte, de analizar pormenorizadamente un problema en un artículo monográfico, apoyado en las fuentes más recónditas, y, por otro, estructurar el contenido

de una época en una obra extensa, coherente y global. Sabe ir con mano maestra de la monografía a la síntesis sin perder nunca calidad. Desde el estudio de *El problema de la vivienda en Sevilla en la segunda mitad del siglo XVIII*, hasta esa joya de la bibliografía española que es *La sociedad española en el siglo XVII* que marca un hito, fuera y dentro de nuestro país, en el campo de las ciencias históricas.

Hemos mencionado la palabra *sociedad* entre los temas abordados por Domínguez Ortiz y merece que nos detengamos en ella por ser un dato importante que añadir a su quehacer de historiador. En la actualidad el interés por el estudio de los hechos sociales, por el grupo, por el conjunto humano que subyace bajo las olas episódicas de los acontecimientos, domina el horizonte de la investigación. Toda la historia es, o quiere ser, social desde los esfuerzos de la escuela francesa de los *Annales*. Pues bien, en ese camino, como un pionero que abre sendas, junto a otros investigadores españoles, algunos recordados, como Vicens Vives; otros injustamente olvidados, como Carmelo Viñas, empezó Antonio Domínguez a hacer *Historia social*, buscando afanosamente al español de los siglos de oro que vivía en los campos y en las ciudades una existencia hasta entonces anónima. Y tengamos en cuenta que por aquellas décadas había que empezar por crear el método de trabajo y la técnica de investigación de una documentación ingente dejada de lado hasta entonces. Recordemos a este propósito que *La ruina de la aldea castellana* y *El problema social agrario* y *Las leyes de colonización interior*, debidas a la pluma de nuestro autor, aparecen en 1948 y 1949, respectivamente, y que *La esclavitud en Castilla durante la Edad Moderna* —reparemos en el título— tiene fecha de 1952. Señalemos, a la vez, que estos trabajos tienen ya una seguridad en el tratamiento y una textura tan ajustada entre erudición e interpretación que marcan escuela desde el primer momento de cómo había que hacer historia social.

Esto nos lleva a considerar el estilo de nuestro doctor. Esclavo riguroso de la documentación —sangre y razón del pasado—, porque sabe que la historia es una ciencia y que tiene que apoyarse, como todas las ciencias, en unos fundamentos sobre los que luego establecer las hipótesis de interpretación, Domínguez no escatima esfuerzos en esta base previa, por lo que sus trabajos asombran por el aparato crítico sobre el que están montados: documentos de organismos oficiales, piezas raras y sorprendentes, memoriales anónimos, historias locales, censos, estadísticas, quejas de vecinos, etc. Impresionan las lecturas efectuadas y la intuición para buscar y encontrar papeles interesantes, valiosos y relevantes. Tiene el instinto de cazador fino experimentado en archivos. Pero ésta es únicamente la base sobre la que viene luego el toque definitivo, el paso del mero acarreo a la síntesis esclarecedora. Este material es sometido a un profundo y cuidadoso

análisis para aprehender en él la idea central, sorprender en una palabra o en una frase la esencia de un problema o una situación; viene, en fin, el agudo espíritu de nuestro autor para crear el cuadro total y formar la constelación armoniosa que se deriva de los datos múltiples y aislados que el pasado proporciona. Así están hechos los libros de Domínguez Ortiz: técnica minuciosa y visiones completas. Y todo ello escrito con calma, despaciosamente y sin pasión, al modo que Spinoza pedía para el historiador: contemplar el pasado «cum studio et sine ira». Comprender y no juzgar. Evitar la historia a doble color, de buenos y malos, el maniqueísmo, que tanto se ha llevado y por desgracia se sigue llevando con una u otra intención. En la obra de Antonio Domínguez hay pocos adjetivos, pocos juicios dogmáticos. Son los mismos hombres del pasado los que hablan, lo que no quiere decir que sea una historia fría, muerta por la erudición, sino que, por el contrario, la vida late en ella intensamente con una recreación fresca. ¿Para qué juzgar el pasado si nadie nos ha llamado como jueces? Únicamente entenderlo desde su entraña misma porque así entenderemos mejor al hombre de ayer y de hoy.

Una nota peculiar de sus escritos es una suave ironía que se destila en ocasiones al referirse a sus personajes, momentos o circunstancias chocantes. Yo diría que es ese fondo sutil sonrisa y sentido fino del humor que tienen los andaluces y se decanta en la seriedad aparente de Domínguez Ortiz. Destaquemos también, con especial atención, su profundo respeto para con todos los autores, su comprensión para el compañero de oficio. Domínguez no es hombre de polémica ni de ataque. El hace y deja que los demás hagan. Nada más lejos de su ánimo que la acidez o el enfado, la inquina o el desprecio. Siempre encuentra algo útil en las páginas de los demás y cuando la obra que debe juzgar es indefendible, a lo más, sonríe, sonríe comprensivamente.

Intentar ahora y aquí hacer el análisis detallado de sus publicaciones —cientos de artículos en revistas españolas y extranjeras y decenas de libros que van desde manuales de bachillerato hasta obras señeras de la investigación— sería empeño imposible. Nos llevaría un tiempo con el que no contamos. Nos asomaremos únicamente a algunos de los más destacados, con el riesgo de dejarnos en silencio otros varios de singular importancia.

Su ciudad natal está clavada entrañablemente en el alma de nuestro compañero y a ella ha dedicado páginas inolvidables como su *Orto y ocaso de Sevilla*, en la que nos introduce en la vida de la ciudad cuando bullía de riqueza como puerta de América y emporio de los negocios y el comercio un día para irse apagando lentamente, símbolo expresivo de la decadencia peninsular. El tránsito de un momento a otro está conseguido de mano maestra; con él recorreremos sus calles, convivimos con la heterogénea multitud que la puebla, nos

hundimos, en suma, en la intrahistoria de la bella ciudad. Luego, otras muchas veces, en múltiples trabajos, volverá a tratar de Sevilla y de las tierras del sur. Recordemos, por su profundidad, las *Alteraciones andaluzas*, aparecido en 1973, cala muy honda en la conflictividad social meridional.

Pero prendido ya en el tema de los grandes problemas colectivos desde sus primeros pasos en el oficio, concibe una obra de gran enjundia, *La sociedad española en el siglo XVIII*, que se publica en 1955, donde, de arriba abajo, desde la cuantificación demográfica, la estratificación estamental hasta el funcionamiento de las instituciones locales, traza el cuadro de la vida social del setecientos. De este modo, «España, la más excelsa creación de nuestro siglo XVIII, sale del estado de nebulosa y toma contornos sólidos y tangibles», como dice el mismo autor. El camino y el método estaban trazados y va a seguir por ellos con redoblado empeño. En 1963 sale a la luz el primer volumen de la *Sociedad española del siglo XVII*, que rápidamente gana la atención de los especialistas por su amplitud y profundidad, viniendo a convertirse en un estudio modelo que sitúa a Domínguez Ortiz entre los mejores historiados europeos del tema. Dominado ya plenamente el oficio, y con una documentación exhaustiva, recrea la España del Barroco, a pesar de las «extensas y profundas lagunas (que) tiene aún nuestro conocimiento de aquel siglo», como él mismo afirma. Es la historia total de un siglo «desvitalizado, de pulso lentísimo, de agonizante; parece como si el tiempo no contara para aquellos hombres que envejecían contemplando un panorama idéntico al que vieron en su niñez», según el retrato jugoso, profundo y sentencioso del autor, muestra de sus frecuentes reflexiones tras la escrupulosa cuantificación a que somete los datos materiales de todo orden que forman la estructura social.

Capítulo a capítulo desarrolla la evolución demográfica, abierto el estudio con una introducción metodológica sobre las fuentes que puede quedar como modelo. Las páginas dedicadas a la incidencia y periodicidad de las grandes epidemias son sobrecogedoras, porque se conjugan en ellas las escalofriantes cifras con los relatos dramáticos de los testigos presenciales exhumados por el autor. Esta población se asienta en el campo o en las ciudades, escenarios revividos en toda su verdad. Esas ciudades barrocas recorridas morosamente: Madrid, con sus 150.000 habitantes en 1617, que «se había duplicado en veinte años, y este fenómeno, tan raro entonces, fue el que determinó el asombro y las quejas de los contemporáneos»; Valladolid, en decadencia; Toledo, «urbe recoleta, monástica, depauperada y solitaria, aunque saturada de hondos valores espirituales y artísticos, compendian con intensidad inigualable lo que podíamos llamar *muerte y transfiguración* de la Vieja Castilla»; Sevilla, «la urbe cosmopolita con

los extremos habituales de esplendor y miseria»; Granada, en 1678, con «sus 23 parroquias y sus 8.913 familias y 205 industrias, a saber: 150 tornos de torcer la seda, 18 pastelerías, 2 buñolerías, 26 bodegas, 11 posadas y 18 mesones». Esta referencia a las ciudades de la España barroca constituye un itinerario detallado, medido y emocionante del cansado país sobre cuyo plano sitúa luego al estamento de la nobleza en todos sus niveles, con especial detenimiento en su posición económica, tono de vida y mentalidad.

En el segundo tomo, aparecido siete años después —1970—, traza, con el mismo cuidado y estilo, el cuadro del estamento religioso con la cuantificación de los individuos de ambos cleros, secular y regular, procedencia social de sus miembros, caracteres de las órdenes femeninas, rentas de la Iglesia y su aprovechamiento. Esta enumeración de problemas podría llevarnos de nuevo a una consideración meramente estadística y estaríamos con ello muy lejos de la verdad. Junto a este cuadro numérico, absolutamente necesario para saber de una vez la importancia como grupo en la sociedad española de los hombres de la Iglesia, acompaña nuestro autor un estudio profundo de la vida cotidiana de este clero. El capítulo titulado «La vida en el claustro» tiene una extraordinaria sugestión porque vemos en él, a todo color, la existencia de estos hombres en su realidad de cada hora. Para quien sólo pudiera pensar en Antonio Domínguez como un analista seco y clavado por las cifras, de pronto, se quedaría sorprendido por esta reflexión llena de hondura y sentimiento, bellamente escrita y que vale por toda una definición. «Como toda obra humana, los monasterios no estaban exentos de defectos —nos dice—, pero ¡qué remansos de paz, qué hontanares de espiritualidad encerraban! En los enclavados dentro de las ciudades, el ritmo de la vida no difería mucho del de otras casas religiosas, pero los situados en localidades pequeñas o en pleno campo eran residuos de situaciones muy arcaicas; de lejanísimos tiempos en los que una administración embrionaria dejaba en manos de los monjes la jurisdicción temporal y espiritual de extensos territorios y en los que el monasterio asumía algunas de las funciones de las inexistentes ciudades; él encerraba el único centro cultural de la comarca, la única farmacia, el único refugio. Cuando en el paisaje austero el agotado caminante veía dibujarse sus torres, sabía que allí habría una hospitalidad generosa y llena de calor humano.» Este tema acerca del papel del estamento aclesiástico en la España del Antiguo Régimen ha seguido interesando a Domínguez Ortiz que cada día ahonda más en los problemas, como lo demuestra en la síntesis que acaba de incluir en el tomo colectivo —volumen cuarto— recién aparecido de la *Historia de la Iglesia en España*.

Aunque se haya trabajado bastante últimamente en el reinado de Felipe IV, es indudable que su libro *Política y Hacienda de Felipe IV*

en la fecha de su aparición, 1960, representó una aportación fundamental que, por otra parte, ha conservado después. Al hilo de las finanzas del Estado, desarrolla, de hecho, el estudio completo del reinado en su doble plano de la política interior y exterior. Una historia de Felipe IV sin anécdotas, devaneos, frívolas aventuras, fiestas o cuchilladas nocturnas; es decir, sin el revoco chillón y un tanto hueco que una historiografía zarzuelera le había añadido. Por el contrario, se trata de una historia de su entraña real, el dinero, las cuentas, los banqueros, los apuros de la monarquía a causa del peso de una gigantesca política internacional. Una íntima trabazón entre economía y política que empujaba o frenaba proyectos o desencadenaba crisis internas. El resultado de este profundo conocimiento es un cierto aire de reivindicación del cuarto Felipe, hasta hoy solamente visto como un rey abúlico, irresponsable, rodeado de bufones y amantes. Tal vez ahora estemos más cerca de un «monarca concienzudo, 'papelista', como su abuelo, aunque le acompañara peor fortuna, y no sólo preocupado, sino admirablemente informado de todas las cuestiones administrativas que afectaban a su vasto imperio». Puntos de vista nuevos, revisiones a fondo como resultado de largos y profundos estudios sobre una época y no el mero deseo de originalidad o afán de cambio por imperativo de la moda.

Tendríamos que detenernos, si el tiempo lo permitiera, en el análisis de otras muchas de sus obras llenas de ese palpito humano, buceadoras de temas esenciales y destacados de nuestro pasado. Penetrar con él en ese mundo tenso de los grupos marginados de la sociedad como en las enjundiosas páginas de su libro *Los judeoconversos en España y América* (1971) o en *La esclavitud en Castilla en la Edad Moderna* (1952) y tantos y tantos más. Dejemos constancia al menos del interés del autor por estos ángulos del pasado que ha abierto amplias perspectivas en el horizonte de la historia.

Baste apuntar, en lo que concierne a su prestigio internacional, su colaboración en trabajos extranjeros donde su firma es solicitada por editoriales e instituciones de renombre. Así, aparece en 1971, en Londres, su *The Golden Age of Spain (1615-1659)*, tomo IV de la *History of Spain* de E. Weindenfeld, con subsiguiente edición en los Estados Unidos.

Por último, recordemos como síntesis de madurez, equilibrio y visiones de conjunto sus libros *El Antiguo Régimen. Los Reyes Católicos y los Austrias* y *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, que han puesto en manos del estudioso la quintaesencia de un esfuerzo continuado de investigación monográfica realizado sin descanso a lo largo de cuarenta años de labor. E insistimos que esto no es más que un rápido espiguelo en la extensa y extraordinaria obra de nuestro



autor, que lo sitúa a la cabeza de los historiadores españoles de la Edad Moderna.

Por todo ello, la Universidad de Madrid, al incorporarle por honor a su claustro, le confiere la pátina y el honor de su vieja tradición, pero, a su vez, este añoso tronco de la Universidad española al abrirle sus puertas, repara un error y se enriquece con el saber y la gloria de uno de los mejores historiadores europeos. Al tal señor, tal honor.